

## CAPÍTULO XVII

Fin de la campaña de 1793.—Maniobra de Hoche en los Vosgos.—Retirada de los austriacos y los prusianos.—Levantamiento del bloqueo de Landau.—Operaciones en el ejército de Italia.—Sitio y toma de Tolón por el ejército republicano.—Últimos combates y reveses en los Pirineos.—Excursión de los vendeanos en el otro lado del Loira.—Combates numerosos.—Descalabros del ejército republicano.—Derrota de los vendeanos en el Mans y su aniquilamiento completo en Savenay.—Ojeada general sobre la campaña de 1793.

Terminábase la campaña de 1793 en todas las fronteras con el éxito más brillante y feliz. En Bélgica se había tomado al fin el partido de volver á cuarteles de invierno, á pesar del proyecto del comité de salvación pública, que quiso aprovecharse de la victoria de Wagnies para arrollar al enemigo entre el Escalda y el Sambre. Así, pues, en este punto no habían variado los acontecimientos, y conservábamos las ventajas de Wagnies.

En el Rhin se había prolongado mucho más la campaña por la pérdida de las líneas de Wissemburgo, atacadas el 13 de octubre. El comité de salvación pública quería recobrarlas á toda costa y hacer que se levantase el bloqueo de Landau, como se había hecho ya con el de Dunkerque y Maubeuge, siendo la situación de nuestros departamentos del Rhin una razón para apresurarse y alejar al enemigo. El país de los Vosgos estaba muy poseído aún del espíritu feudal; los sacerdotes y los nobles conservaban gran influencia; la lengua francesa era poco común; las nuevas ideas revolucionarias no habían penetrado casi allí; en muchos ayuntamientos eran desconocidos los decretos de la Convención, careciendo varios de ellos de comités revolucionarios, y en casi todos circulaban impunemente los emigrados. Los nobles de Alsacia habían seguido al ejército de Wurmser en tropel y se diseminaban desde Wissemburgo hasta los alrededores de Estrasburgo. En esta última ciudad se había fraguado un complot para entregar la plaza á Wurmser. El comité de salvación pública envió al punto á Lebas y Saint-Just para ejercer la dictadura ordinaria de los comisionados de la Convención; nombró al joven Hoche, que se había distinguido mucho en el sitio de Dunkerque, general del ejército del Mosela; destacó del ocioso ejército de las Ardenas una numerosa división, que fué distribuída entre los dos ejércitos del Mosela y del Rhin; y por último, dispuso levas en masa en todos los departamentos inmediatos, y envió los contingentes á Besançon, para que ocuparan las plazas fuertes, trasladándose sus guarniciones al ejército activo.

Saint-Just desplegó en Estrasburgo toda su energía é inteligencia: hizo temblar á los mal intencionados; entregó á una comisión á aquellos en quienes recaían sospechas de haber querido entregar á Estrasburgo, y los hizo conducir al cadalso; comunicó á los generales y á los soldados un nuevo vigor, exigiendo diariamente ataques en toda la línea, á fin de ejercitar los nuevos quintos; y tan valeroso como inexorable, iba él mismo al

fuego, compartiendo todos los peligros de la guerra. Habíase apoderado del ejército un gran entusiasmo; los soldados, enardecidos con la esperanza de recobrar el terreno perdido, no tenían más grito que el de *Landau ó la muerte!*

La verdadera maniobra que se debía ejecutar en aquella parte de las fronteras consistía siempre en reunir los dos ejércitos del Rhin y del Mosela, operando en masa sobre una sola vertiente de los Vosgos. Para ello era preciso recobrar los pasos que cortaban las líneas de las montañas, y que habíamos perdido desde que Brunswick se dirigió al centro de los Vosgos y Wurmser á las murallas de Estrasburgo. El comité había formado ya su proyecto: quería apoderarse de la cadena misma, para separar á los prusianos de los austriacos; el joven Hoche, que se distinguía por su genio y valor, era el encargado de ejecutar este plan, y sus primeros movimientos á la cabeza del ejército del Mosela hicieron esperar la más vigorosa ejecución.

Para asegurar los prusianos sus posiciones, habían querido apoderarse por sorpresa del castillo de Bitche, situado en el centro mismo de los Vosgos. Esta tentativa quedó burlada merced á la vigilancia de la guarnición, que acudió á tiempo á las murallas; y Brunswick, bien fuera porque le desconcertó el mal éxito de la empresa, ó porque temiese la actividad y energía de Hoche, ó ya, en fin, porque estuviera descontento de Wurmser, con el cual no se hallaba de acuerdo, retiróse primero á Birsingen, en la línea del Erbach, y después á Kaiserslautern, en el centro de los Vosgos. No había avisado á Wurmser de su movimiento retrógrado; y mientras éste se hallaba empeñado en la vertiente oriental, casi á la altura de Estrasburgo, Brunswick en la occidental se hallaba á las espaldas de Wissemburgo, y casi á la altura de Landau. Hoche había seguido muy de cerca á Brunswick en su movimiento retrógrado, y después de haber intentado inútilmente cercarle en Birsingen, y hasta adelantarse á él en Kaiserslautern, formó el proyecto de atacarle en este último punto, por grandes que fueran las dificultades que ofrecía el terreno. Hoche contaba con unos treinta mil hombres, y se batió los días 28, 29 y 30 de noviembre; pero los parajes eran poco conocidos, y menos practicables. El primer día, el general Ambert, que mandaba la izquierda, se vió comprometido, mientras que Hoche trataba de hallar su camino en el centro; y al otro día, dicho general se encontró solo á la vista del enemigo, en tanto que Ambert

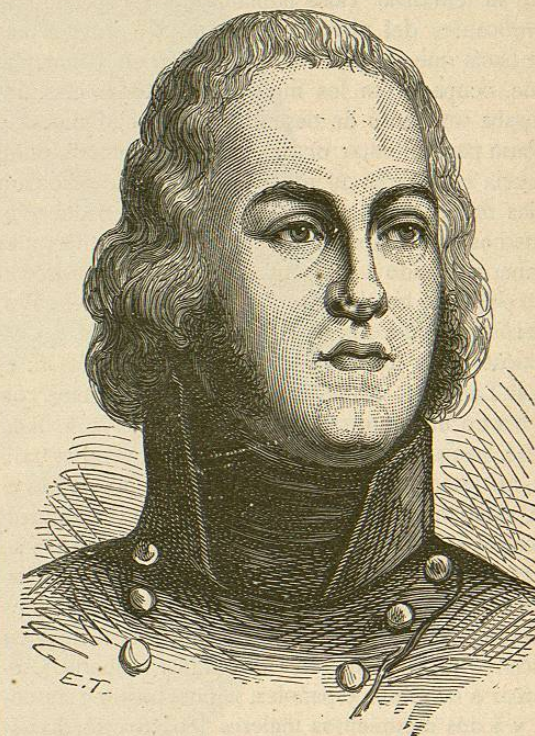
andaba perdido por las montañas. Gracias á la aspereza de aquel sitio, á su fuerza y á la ventaja de su posición, obtuvo Brunswick un completo triunfo. No perdió más que unos doce hombres, y Hoche se vió obligado á retirarse con pérdida de tres mil próximamente; pero no se desanimó, y fué á rehacerse á Pirmasens, Hornbach y á Dos Puentes: aunque desgraciado en su empresa, no dejó de mostrar por eso una audacia y resolución que asombraron á los representantes y al ejército. El comité de salvación pública, que desde la entrada de Carnot se había ilustrado lo suficiente para ser justo, y que sólo se mostraba severo contra la falta de celo, le escribió las cartas más satisfactorias, elogiando por primera vez á un general batido. Hoche, sin desanimarse un momento por su derrota, tomó al punto la resolución de reunirse con el ejército del Rhin para agobiar á Wurmser; y este último, que había permanecido en la Alsacia, mientras Brunswick retrocedía hasta Kaiserslautern, quedó con su flanco derecho descubierto. Hoche destacó al general Taponnier con doce mil hombres sobre Werdt, á fin de atravesar la línea de los Vosgos y caer sobre el flanco de Wurmser, mientras que el ejército del Rhin emprendería un ataque general de frente.

Gracias á la presencia de Saint-Just, empeñábanse continuamente combates durante los últimos días de noviembre, y á principios de diciembre, entre el ejército del Rhin y los austriacos, y yendo todos los días al fuego, comenzó á ser aguerrido á las órdenes de Pichegrú. El cuerpo de ejército enviado á los Vosgos por Hoche tuvo que vencer muchas dificultades; mas al fin lo consiguió, y hostigó mucho la derecha de Wurmser.

El 22 de diciembre (2 nivoso), Hoche marchó en persona á través de las montañas, presentándose por Werdt en la cumbre de la vertiente oriental. Allí arrolló la derecha de Wurmser, cogióle muchos cañones é hizo un gran número de prisioneros. Los austriacos se vieron precisados entonces á dejar la línea del Motter, dirigiéndose desde luego á Sultz, y el 24 á Wissemburgo, en las mismas líneas del Láuter. Los emigrados y los nobles alsacianos, que habían acudido para seguir á Wurmser, huyeron con la mayor precipitación, ocupando el camino familias enteras, que trataban de escapar. Los dos ejércitos, prusiano y austriaco, estaban descontentos uno de otro, y auxiliábanse poco contra un enemigo poseído de ardimiento y de entusiasmo.

Los dos ejércitos del Rhin y del Mosela estaban reunidos, y los representantes confrieron el mando á Hoche, que se dispuso en el acto á recobrar á Wissemburgo. Los prusianos y los austriacos, concentrados ahora por su movimiento retrógrado, se hallaban en mejor posición para sostenerse, y por lo tanto resolvieron tomar la ofensiva el 26 de diciembre (6 nivoso), el mismo día en que el general francés se preparaba á caer sobre ellos. Los prusianos se hallaban en los Vosgos y alrededor de Wissemburgo, y los austriacos se extendían por delante del Láuter desde Wissemburgo hasta el Rhin. Si verdaderamente no se hubieran decidido á tomar la iniciativa, no hubieran recibido el ataque por delante de las líneas, teniendo á la espalda el Láuter; pero resolvieron atacar los primeros, y los franceses, al avanzar contra ellos, se hallaron al paso con su vanguardia. El general Desaix, que mandaba la derecha del ejército del Rhin, se encaminó á Lauterburgo. El general Michaud se

dirigió hacia Schleithal; el centro atacó á los austriacos situados en el Geisberg, y la izquierda penetró en los Vosgos para flanquear á los prusianos. Desaix se apoderó de Lauterburgo, Michaud ocupó á Schleithal, y el centro, arrollando á los austriacos, rechazólos desde Geisberg hasta el mismo Wissemburgo. La ocupación instantánea de este último punto podía ser desastrosa para los coligados, y era inminente; pero Brunswick, que se hallaba en Pigeonnier, acudió presuroso y contuvo á los franceses con mucha firmeza. La retirada de los austriacos se efectuó entonces con menos desorden, pero al día siguiente los franceses ocuparon las líneas de Wissemburgo; los austriacos se replegaron sobre Ge-



El general Hoche

merseheim, y los prusianos á Bergzabern, mientras los soldados franceses avanzaban siempre gritando: *Landau ó la muerte!* Los austriacos se apresuraron á reparar el Rhin, sin querer detenerse un día más en la orilla izquierda y sin dar á los prusianos tiempo de llegar á Maguncia. Levantóse el bloqueo de Landau, y los franceses tomaron cuarteles de invierno en el Palatinado. Poco después los dos generales coligados se indispusieron por sus opiniones contradictorias, y Brunswick presentó su dimisión á Federico Guillermo. Así pues, en aquella parte del teatro de la guerra habíamos recobrado nuestras fronteras, á pesar de las fuerzas reunidas de Prusia y Austria.

El ejército de Italia no había emprendido nada importante, y desde su derrota del mes de julio estuvo á la defensiva; pero en el mes de septiembre, los piamonteses, viendo á Tolón atacado por los ingleses, pensaron al fin en aprovechar esta circunstancia, que podía ser la pérdida del ejército francés. El rey de Cerdeña se dirigió en persona al teatro de la guerra, y resolvióse un ataque general contra el campamento francés para el 8 de septiembre. La manera más segura de operar contra los franceses hubiera sido ocupar la línea del



Var, que separaba á Niza de su territorio, pues de este modo se ganaban todas las posiciones que tomaron más allá del Var, y se les habría obligado á evacuar el condado de Niza, ó acaso á rendir las armas. Prefirióse atacar inmediatamente su campamento; pero este ataque, ejecutado con cuerpos sueltos, y por diversos valles á la vez, no tuvo buen éxito; y el rey de Cerdeña, poco satisfecho, se retiró al punto á sus Estados. Hacia la misma época, poco más ó menos, el general austriaco Dewins resolvió al fin operar sobre el Var; pero practicó su movimiento sólo con tres ó cuatro mil hombres; no avanzó sino hasta Isola, y detenido de pronto por un ligero descalabro, remontó los Altos Alpes sin proseguir su tentativa. Tales habían sido las operaciones insignificantes del ejército de Italia. Un interés más grave hacia que se fijase toda la atención en Tolón, plaza que, ocupada por los ingleses y los españoles, les aseguraba un punto de desembarco en el Mediodía y una base para intentar una invasión. Importaba, pues, á Francia recobrarla cuanto antes, y el comité dió para ello las órdenes más urgentes, pero faltaban del todo los medios para emprender el sitio. Carteaux, después de haber sometido á Marsella, había desembocado con siete ú ocho mil hombres por las gargantas de Ollioules, apoderóse de ellas después de un ligero combate, y establecióse en la misma salida, á la vista de Tolón; el general Lapoype, destacado del ejército de Italia con unos cuatro mil hombres, se había situado en el lado opuesto, hacia Sollies y Lavalette. Los dos cuerpos franceses, así estacionados, uno al Poniente y el otro al Levante, estaban tan alejados que apenas se distinguían, no siéndoles posible prestarse auxilio alguno: si los sitiados hubieran tenido un poco más de actividad, habrían bastado atacarlos aisladamente para derrotarlos uno después de otro. Por fortuna no pensaron sino en fortificar la plaza, llenándola de tropas. Hicieron desembarcar á ocho mil españoles, napolitanos y piemonteses, y á dos regimientos ingleses procedentes de Gibraltar, ascendiendo así la guarnición á unos catorce ó quince mil hombres; perfeccionaron todas las obras defensivas; armaron todos los fuertes, sobre todo los de la costa, que protegían la rada donde anclaban sus escuadras, y fijáronse particularmente en hacer inaccesible el fuerte de Eguillette, situado en la extremidad del promontorio que cierra la rada interior ó pequeña rada. Se dificultó de tal modo el acceso, que en el ejército se le dió el nombre de *pequeño Gibraltar*. Los marseleses y todos los provenzales, refugiados en Tolón, se ocuparon por sí mismos en las obras, demostrando el mayor celo; pero no podía durar la unión en el interior de la plaza, pues la reacción contra la Montaña había hecho renacer todas las facciones. Había republicanos y realistas de todas clases, y los mismos coligados no estaban de acuerdo, pues á los españoles les resentía la superioridad que afectaban los ingleses, y desconfiaban de sus intenciones. El almirante Hood, aprovechándose de esta desunión, dijo que, puesto que no era posible entenderse, no se debía proclamar por el momento ninguna autoridad; y hasta impidió la salida de una diputación que los toloneses querían enviar al conde de Provenza para invitar á este príncipe á trasladarse á la ciudad en clase de regente. Desde aquel momento podía entreverse la conducta de los ingleses y comprender

cuán ciegos y culpables habían sido los que entregaron á Tolón á los más crueles enemigos de la marina francesa.

Los republicanos no podían esperar que recobrarían á Tolón con los medios de que disponían entonces; y los representantes llegaron hasta aconsejar que se replegara el ejército más allá del Durance, para esperar la estación siguiente. Sin embargo, como la toma de Lyon permitía disponer de nuevas fuerzas, enviáronse hacia Tolón tropas y material, y reemplazó á Carteaux el general Doppet, á quien se atribuía la toma de Lyon. Poco después substituyó á Doppet Dugommier, que era mucho más experto y muy intrépido. Reuniéronse veintiocho ó treinta mil hombres, y dióse la orden de terminar el sitio antes de que acabase la campaña. Comenzóse por estrechar la plaza de cerca, estableciendo baterías contra los fuertes. El general Lapoype estaba siempre al Levante, y el general en jefe Dugommier al Poniente por delante de Ollioules: este último estaba encargado del principal ataque. El comité de salvación pública había encargado al de fortificaciones que formase un plan de ataque regular, y el general reunió un consejo de guerra para discutir el plan enviado de París. Estaba muy bien concebido; pero presentóse otro más conveniente en aquellas circunstancias, y que debía dar más rápidos resultados.

En el consejo de guerra había un joven oficial que mandaba la artillería en ausencia del jefe de esta arma; llamábase Bonaparte, y era oriundo de Córcega. Fiel á Francia, en cuyo seno se educó, habíase batido en Córcega por la causa de la Convención contra Paoli y los ingleses; marchó después al ejército de Italia, y servía delante de Tolón. Manifestaba una gran inteligencia y mucha actividad, y dormía siempre junto á sus cañones. Al aspecto de la plaza, este joven oficial concibió una idea, y la propuso al consejo de guerra. El fuerte Eguillette, denominado *pequeño Gibraltar*, cerraba la rada donde habían anclado las escuadras aliadas, y ocupando dicho fuerte, aquéllas no podrían permanecer allí sin exponerse á ser abrasadas; tampoco podrían evacuar la rada, dejando una guarnición de quince mil hombres sin comunicaciones, sin auxilios y expuestos tarde ó temprano á entregar las armas. Era, pues, muy presumible que, una vez el fuerte Eguillette en poder de los republicanos, evacuaran á un tiempo la ciudad las escuadras y la guarnición. El fuerte Eguillette constituía, pues, la llave de la plaza; pero este fuerte era casi inaccesible. El joven Bonaparte sostuvo su opinión con insistencia, como más apropiada á las circunstancias, y consiguió que se adoptase.

Se comenzó por estrechar la plaza: Bonaparte, avanzando á favor de algunos olivos que ocultaban sus artilleros, mandó colocar una batería muy cerca del fuerte Malbosquet, uno de los más importantes entre los que rodeaban á Tolón. Una mañana estalló de improviso esta batería, y sorprendió á los sitiados, quienes no creían que se pudiesen colocar piezas tan cerca del fuerte; y el general inglés O'Hara, que mandaba la guarnición, resolvió hacer una salida para destruir la batería y clavar los cañones. El 30 de noviembre (10 frimario), saliendo á la cabeza de seis mil hombres, penetró de repente á través de los puestos republicanos, apoderóse de la batería, y se comenzó á clavar las piezas. Por for-

tuna, hallábase no lejos de allí el joven Bonaparte con un batallón, y marchando por un ramal que conducía á la batería, fué á situarse sin ruido en medio de los ingleses, dió entonces la orden de hacer fuego, y ocasionóles la mayor sorpresa por esta repentina aparición. Admirado el general O'Hara, creyó que eran sus propios soldados que se engañaban haciéndose fuego unos á otros; y como avanzase entonces hacia los republicanos para asegurarse, fué herido en la mano, y en el ramal

media noche, y en medio de un espantoso temporal, los republicanos se ponen en movimiento; los soldados que guardaban el fuerte solían colocarse bastante atrás para preservarse de las bombas y de las balas, y los franceses esperaban llegar antes de ser vistos; mas al pie de la altura se encuentran con unos tiradores enemigos, y empuñase la lucha. Al ruido de la fusilería, acude la guarnición del fuerte á las murallas, y abraza á los sitiadores; éstos retroceden, y vuelven otra vez; un



El general Dugommier

mismo le hizo un sargento prisionero. En el mismo instante Dugommier, que había mandado tocar generala en el campamento, conducía á sus soldados al ataque, situándose entre la batería y la plaza. Temiendo entonces los ingleses que les cortaran el paso, retránsese después de haber perdido su general y sin poder librarse de aquella peligrosa batería.

Esta primera victoria animó singularmente á los sitiadores, infundiendo gran desaliento en los sitiados; la desconfianza era tal entre ellos, que decían que el general O'Hara se había dejado coger para vender á Tolón á los republicanos. Sin embargo, estos últimos, que deseaban conquistar la plaza y carecían de medios para comprarla, se preparaban al peligroso ataque de Eguillette; habían lanzado ya un gran número de bombas, y querían arrasar las defensas con piezas de á 24. El 18 de diciembre (28 frimario) se resolvió dar el asalto á media noche, atacando simultáneamente, por el lado que ocupaba el general Lapoype, el fuerte Farón. A

joven capitán de artillería, llamado Muirón, se aprovecha de las desigualdades del terreno y consigue franquear la altura sin haber perdido mucha gente; llegado al pie del fuerte, lánzase por una tronera, síguenle sus soldados, penetran en la batería, se apoderan de los cañones, y muy pronto del fuerte mismo.

En aquella acción, el general Dugommier, los representantes Salicetti y Robespierre menor, y el comandante de artillería Bonaparte estuvieron presentes en el fuego, y comunicaron á las tropas el mayor denuedo. Por el lado del general Lapoype no fué el ataque menos feliz, habiéndose tomado uno de los reductos del fuerte Farón.

Una vez ocupado el fuerte Eguillette, apresuráronse los republicanos á colocar los cañones de modo que pudieran abrasar la escuadra con sus fuegos; pero los ingleses no les dieron tiempo para hacerlo, habiendo resuelto en el acto evacuar la plaza, para no exponerse más tiempo á las eventualidades de una defensa difícil



y peligrosa. Antes de retirarse resolvieron quemar el arsenal, los astilleros y los buques que no podían llevarse: el 18 y el 19, sin avisar al almirante español, sin advertir siquiera á la población comprometida que iban á entregarla á los montañeses victoriosos, diéronse las órdenes para la evacuación. Cada buque inglés fué sucesivamente al arsenal para abastecerse; los fuertes quedaron evacuados al punto, excepto el de Lamalgue, que se debía abandonar el último; y esta evacuación fué tan rápida, que dos mil españoles, prevenidos demasiado tarde, quedaron fuera de los muros, y salvaron por milagro. Por último se dió orden de incendiar el arsenal; y de repente vieron veinte navíos ó fragatas ardiendo en medio de la rada, espectáculo que produjo la desesperación en los infelices habitantes y la indignación en los republicanos, quienes veían arder la escuadra sin poder salvarla. Más de veinte mil individuos, hombres, mujeres, ancianos y niños, que llevaban consigo cuanto tenían de más valor, se presentaron al punto en los muelles alargando los brazos hacia las escuadras é implorando un asilo para substraerse del ejército victorioso. Eran todas familias provenzales, que en Aix, Marsella y Tolón se habían comprometido en el movimiento seccionario. Ni una sola lancha aparecía en el mar para prestar auxilio á aquellos imprudentes franceses que depositaron su confianza en el extranjero, entregándole el primer puerto de la patria. Sin embargo, el almirante Lángara, más humano, mandó que echaran botes al mar, y recibió en la escuadra española á todos los refugiados que podía contener. El almirante Hood no osó resistir al ejemplo ni á las imprecaciones que lanzaban contra él, y ordenó á su vez, aunque demasiado tarde, que se recibiera á los toloneses. Estos infelices se precipitan con furor en las lanchas; en aquella confusión algunos caen al mar, y otros quedan separados de sus familias. Véanse madres buscando sus hijos, y esposos é hijas en busca de sus esposos ó sus padres, vagando por el muelle al resplandor del incendio.

En aquel momento terrible, varios malhechores, aprovechándose del desorden para saquear, se precipitan sobre los infelices, y hacen fuego gritando: *¡Aquí están los republicanos!* El terror se apodera entonces de aquella multitud; que se precipita y oprime para huir, abandonándolo todo á los autores de tal estratagemá.

Por fin entraron los republicanos y encontraron la ciudad casi desierta y una gran parte del material de marina destruído; pero felizmente los galeotes habían contenido el incendio, evitando que se propagase. De cincuenta y seis buques, no quedaban más que siete navíos y once fragatas; los demás habían sido arrebatados ó quemados por los ingleses. A los horrores del sitio y de la evacuación se siguieron muy pronto los de la venganza revolucionaria: ya referiremos más adelante los desastres de esta ciudad culpable y desgraciada.

La toma de Tolón causó una alegría extraordinaria, y produjo tanta sensación como las victorias de Watignies, la toma de Lyon y el levantamiento del sitio de Landau. Desde entonces no se temió que los ingleses, apoyados en Tolón, introdujesen en el Mediodía la destrucción y el desorden.

No con tanta felicidad se había terminado la campaña en los Pirineos; mas á pesar de muchos reveses y de una notable impericia de parte de los generales, sólo

habíamos perdido la línea del Tech, quedándonos todavía la del Tet. Después del desgraciado combate de Truillás, dado el 22 de septiembre (1.º vendimiario) contra el campamento español, en que Dagobert había mostrado tanto valor y serenidad, Ricardos, en vez de marchar avanzando, había retrocedido por el contrario al Tech; la conquista de Villafranca y el refuerzo de quince mil hombres enviados á los republicanos, le habían inducido á practicar este movimiento retrógrado. Después de haber levantado el bloqueo de Collioure y de Portvendres, se había dirigido al campamento del Boulou, entre Ceret y Villalonga, y desde allí vigilaba sus comunicaciones, guardando la carretera de Bellaguardia. Poseídos de ardimiento los representantes Fabre y Gastón, quisieron que se atacase el campamento de los españoles, para rechazarlos hasta el otro lado de los Pirineos; pero fué infructuoso el ataque y sólo produjo un inútil derramamiento de sangre.

Impaciente Fabre por intentar alguna empresa de importancia, ideaba hacia mucho tiempo marchar al otro lado de los Pirineos, para obligar á retroceder á los españoles, habiéndose persuadido de que el fuerte de Rosas podía tomarse con un ataque brusco; por lo cual, según sus deseos y contra la opinión de los generales, se dirigieron tres columnas al otro lado de los Pirineos para reunirse en Espota; pero débiles y desunidas, no pudieron juntarse, y fueron batidas y arrojadas á la cordillera con pérdida considerable. Esto había acontecido en octubre; y en noviembre las tempestades, poco comunes en esta estación, aumentaron los torrentes, interrumpieron las comunicaciones de los varios campamentos españoles y los pusieron en el mayor peligro. Ocasión era esta para vengarse de ellos por las pérdidas que nos habían causado. Para reparar el Tech sólo les quedaba el puente de Ceret, permaneciendo inundados y hambrientos en la orilla izquierda á merced de los franceses; pero nada se hizo de lo que debía hacerse.

Al general Dagobert sucedió el general Turreau, y á éste el general Doppet. El ejército estaba desorganizado, se batió flojamente en las inmediaciones de Ceret, se perdió el campamento de Saint-Ferreol, y Ricardos se vió de esta manera libre del peligro de su situación. Pronto supo el general español vengarse, con más habilidad, del peligro en que se había hallado, pues cayendo el 7 de noviembre (17 brumario) sobre una columna francesa compuesta de diez mil hombres, que estaba acorralada en Villalonga á la orilla derecha del Tech, entre el río, el mar y los Pirineos, la deshizo y la puso en tal desorden que no pudo reunirse hasta llegar á Argellés. Ricardos hizo atacar poco después á la división de Delatre en Collioure, se apoderó de esta plaza, de Port-Vendres y de San Telmo, y nos lanzó enteramente al otro lado del Tech, terminándose la campaña en los últimos días de diciembre. Los españoles se acuartelaron en las orillas del Tech; los franceses acamparon alrededor de Perpiñán y en las riberas del Tet; y aunque nosotros habíamos perdido algún terreno, no era tanto como debía temerse después de tales desastres. Por lo demás, era la única frontera en que no se había concluído la campaña gloriosamente para las armas de la república. Por el lado de los Pirineos occidentales se había guardado recíproca defensiva.

En la Vendée había habido nuevos y terribles com-

bates, con gran ventaja para la república, pero con gran pérdida para la Francia, que sólo veía en ambos lados franceses que se degollaban unos á otros.

Batidos los vendeanos en Chollet el 17 de octubre (26 vendimiario), se habían lanzado, como hemos visto, á la orilla del Loira en número de ochenta mil personas, hombres, mujeres, niños y ancianos. No atreviéndose á volver á su país ocupado por los republicanos, ni pudiendo sostener la campaña con un ejército victorioso, pensaron en trasladarse á Bretaña y seguir los planes de Bonchamps, cuando este joven héroe había muerto y no podía ya seguir dirigiendo sus tristes destinos.

Hemos visto que en la víspera de la batalla de Chollet envió un destacamento para que ocupase el puente de Varede, sobre el Loira, punto mal guardado por los republicanos y tomado en la noche del 16 al 17. Perdida la batalla, pudieron los vendeanos atravesar sin temor el río con el auxilio de algunos barcos dejados en la orilla y al abrigo del cañón republicano. Habiendo hasta entonces existido el riesgo en la orilla izquierda, no había pensado el gobierno en defender la derecha; de modo que todas las ciudades de Bretaña estaban mal guardadas, y los destacamentos de guardias nacionales que andaban diseminados por una y otra parte no podían detener á los vendeanos, sino huir en cuanto se acercaban; avanzaron, pues, sin obstáculos, y atravesaron sucesivamente á Candé, Chateau-Gonthier y Laval, sin hallar resistencia alguna.

El ejército republicano, en tanto, ignoraba la marcha que habían seguido los insurgentes, su número y sus proyectos, y aun hubo momentos en que los creyó destruídos, escribiéndolo así á la Convención los representantes. Unicamente Kléber, que mandaba siempre el ejército á nombre de Lechelle, opinaba lo contrario, y se esforzaba en reprimir tan peligrosa confianza. Súpose efectivamente luego que los vendeanos, lejos de hallarse destruídos, formaban en la columna fugitiva el número de treinta ó cuarenta mil hombres armados y en disposición de combatir. Reunióse al punto un consejo de guerra, y como no se sabía si los fugitivos se dirigían á Angers ó á Nantes, si marcharían á Bretaña ó irían por el bajo Loira á reunirse con Charette, se decidió que se dividiese el ejército; que una parte de él, al mando del general Haxo, fuese á hacer frente á Charette y á recobrar á Noirmoutiers; que otra parte, al mando de Kléber, ocupara el campamento de Saint-Georges, junto á Nantes; y, finalmente, que el resto permaneciera en Angers para cubrir este punto y observar la marcha del enemigo. Sin duda, á tener más noticias, hubieran comprendido que convenía permanecer unidos en masa y marchar sin pérdida de tiempo persiguiendo á los vendeanos, habiendo sido fácil dispersarlos y destruirlos enteramente en el estado de desorden y espanto en que se hallaban; pero se ignoraba la dirección que habían tomado, y en la duda, el partido que habían adoptado era, sin embargo, el más prudente. En breve recibieron nuevas noticias y supieron que los vendeanos habían marchado á Candé, á Chateau-Gonthier y á Laval, y se resolvió perseguirlos inmediatamente, y alcanzarlos antes de que conmoviesen la Bretaña y se apoderasen de alguna ciudad importante ó de algún puerto del Océano. Los generales Vimeux y Haxo quedaron en Nantes y en la baja Vendée; lo demás del

ejército se dirigió hacia Candé y Chateau-Gonthier; Wéstermann y Beaupuy formaban la vanguardia; Chalbós, Kléber y Canuel mandaban cada cual una división, mientras Lechelle, lejos del campo de batalla, dejaba que dirigiese los movimientos Kléber, que merecía la confianza y admiración del ejército.

El 25 de octubre (4 brumario), por la tarde, llegó á Chateau-Gonthier la vanguardia republicana, y el grueso de la fuerza llevaba una jornada de retraso. A pesar de hallarse Wéstermann muy fatigado y lo mismo sus tropas, de ser casi de noche y de que quedaban seis horas de camino para llegar á Laval, trató de marchar inmediatamente. En vano se esforzó Beaupuy, tan valiente como él, pero más cuerdo, en darle á conocer el peligro de atacar al ejército vendeano de noche, á tanta distancia del grueso del ejército y con tropas ya cansadas; Wéstermann era más antiguo en el mando é hizo que prevaleciese su opinión, poniéndose en marcha inmediatamente. Llegaron á Laval á media noche, y Wéstermann envió un oficial para reconocer al enemigo; mas éste, llevado de su ardor, dió una carga en vez de hacer un reconocimiento y arrolló rápidamente las guerrillas. Esparcióse la alarma en Laval, tocaron á rebato, se levantaron todos los enemigos y salieron á hacer frente á los republicanos. Beaupuy, conduciéndose con su acostumbrado denuedo, sostuvo animosamente el choque de los vendeanos; Wéstermann desplegó todo su valor, siendo de los más porfiados el combate, que de suyo debía ser sangriento por la obscuridad de la noche. La vanguardia republicana, aunque muy inferior en fuerzas, hubiera logrado, no obstante, sostenerse hasta el fin; pero la caballería de Wéstermann, que no era siempre tan valiente como su jefe, se desordenó de repente y le obligó á retirarse. Gracias á Beaupuy, esta retirada se dirigió sin embargo con bastante orden hacia Chateau-Gonthier, adonde llegó al día siguiente el grueso del ejército. Reunida allí el día 26 la vanguardia, estropeada por un combate inútil y sangriento, y el grueso del ejército cansado de un largo camino, sin víveres, sin zapatos y atravesando los lodos del otoño, Wéstermann y los representantes querían avanzar de nuevo; pero Kléber se opuso formalmente á hacerlo, consiguiendo que no se pasara de Villiers, que se halla á la mitad del camino de Chateau-Gonthier á Laval.

Tratábase de formar un plan para el ataque de Laval, ciudad situada sobre el Mayena. Marchar directamente por la orilla izquierda que ocupaban era una imprudencia, como acertadamente lo hizo observar Savari, oficial muy distinguido, que conocía perfectamente el terreno. Los vendeanos podían ocupar fácilmente el puente de Laval y sostenerse en él contra cualquier ataque; y después, mientras el ejército republicano estaba inútilmente amontonado en la orilla izquierda, podían desfilarse por la derecha, pasar el Mayena por su espalda y acometerle de repente. Propuso, pues, dividir el ataque, y dirigir parte del ejército á la orilla derecha, en cuyo lado no había puente alguno que atravesar, ni presentaba la ocupación de Laval ningún obstáculo; plan que, aprobado por los generales, se adoptó por Lechelle. Sin embargo, al día siguiente, éste, que salía á veces de su nulidad para sólo cometer desaciertos, envió una orden muy necia y que estaba en contradicción con la que había aprobado el día antes. Prescri-